

Una guerra civil

Iñaki Iriarte



RECIENTEMENTE unos pocos días antes de la segunda vuelta de las elecciones regionales francesas, el primer ministro galo, Manuel Valls, ha declarado que el Frente Nacional "es un partido que quiere enfrentar a los unos contra los otros" y que, por ello, su victoria podría poner las premisas para una futura confrontación civil. Literalmente: "Hay dos opciones para nuestro país. Una opción de extrema derecha que, en el fondo, defiende la división. Esta división puede conducir a la guerra civil. Y hay otra visión que es la de la República y los valores, y es la de la agrupación (rassemblement)".

La advertencia puede parecer exagerada. Entre nosotros algunos la descalificarían como "discurso del miedo". Sin embargo, Valls tiene toda la razón. Por fortuna, finalmente los franceses sensatos se han movilizad masivamente para impedir que la extrema-derecha llegue a controlar alguna región, con lo que el peligro inmediato ha sido conjurado.

Con todo, los 6.700.000 votos que ha cosechado constituyen por sí mismos una realidad alarmante.

¿Por qué es tan peligroso el avance del Frente Nacional? ¿Es que en democracia no hay un derecho a que todas las propuestas sean oídas, un derecho a decidir y discutir sobre cualquier cosa? No. Por supuesto, resulta legítimo proponer políticas de inmigración más restrictivas que las actuales -aunque nunca habrá que olvidar ni la condición humana de los migrantes, ni que los europeos emigraron masivamente en el pasado-. Tampoco debe considerarse un peligro llamar la atención sobre la falta de integración de algunos colectivos, ni reclamar la necesidad de un mínimo consenso social en torno a unos valores morales y culturales. Es también lícito ser crítico con el sistema electoral y el funcionamiento de las instituciones. Una sociedad madura ha de ser capaz de discutir y decidir sobre esas y otras muchas materias. En cambio, hay otras cuestiones y propuestas políticas cuya mera formulación es dinamita para la convivencia.

En el siglo XVII Thomas Hobbes señaló que para superar la guerra de todos contra todos era preciso que se respetara una ley contra el orgullo. Hoy se nos hace extraño que la convivencia pueda estar reñida con él, porque nos hemos acostumbrado a verlo como una virtud, si es que no como una obligación. Nos parece que todo el mundo debe sentirse orgulloso de ser quien es, y de es-

te modo, cada uno tiende a convertir su identidad en un fortín y una bandera. Hobbes, en cambio, había entendido que la esencia del orgullo está en creerse desigual por naturaleza y en reclamar derechos que no se quieren para el prójimo. Así, si alguien busca distinguir entre ciudadanos de primera categoría (los "franceses originarios", los "auténticos vascos", los "verdaderos españoles") y de segunda, si trata de excluir -apelando a razones históricas, lingüísticas, religiosas o de otro orden- a sus vecinos; si se afana en cavar una trinchera jurídica, política o cultural para segregarse y trazar una frontera dentro de la "cosa pública", de la "República"; ese alguien, sea o no consciente de ello, está amenazando la base misma del contrato social y prendiendo la mecha a una guerra civil.

Sé que esto del "contrato social" puede sonar a anticuada ficción de filósofos. Tal vez lo sea, pero lo cierto es que esa denominación expresa algo fundamental que tiende a ser ignorado: sin un acuerdo irrevocable para reconocernos los unos a los otros como iguales, para respetarnos, para cumplir las mismas normas, tener los mismos derechos y someternos al dictado de los

Subestimamos las tendencias destructivas en nuestras sociedades occidentales

mismos magistrados; sin una renuncia sincera a reclamar privilegios merced a los apellidos, la raza, la lengua, etc., ninguna sociedad puede convivir en el largo plazo. Y si la convivencia se resiente, la seguridad, la educación, la cultura, el dinero..., en definitiva, todo empezará a desmoronarse.

Subestimamos las tendencias destructivas en nuestras sociedades occidentales. Suponemos la estabilidad, el progreso, la paz, circunstancias eternas; tendemos a creer que la coexistencia es entre nosotros un producto espontáneo y perenne. Damos por sentados niveles de bienestar que son, de hecho, una rara excepción en la historia de la humanidad. Pensar con vistas a diez o quince años, nos parece ya un ejercicio de previsión, cuando la convivencia es una labor paciente de varias generaciones. Acaso de manera difusa Occidente se sepa un mundo decadente, cansado de sí mismo, e inconscientemente se haya resignado a esperar a sus bárbaros. Pero lo que no sospecha es que tal vez la barbarie no nos vaya a venir de fuera, sino de dentro de nosotros mismos. Y que cada vez que permitimos que la ley contra el orgullo sea transgredida y se consolide el derecho a fracturar la convivencia y romper el contrato social, creando fronteras y divisiones entre los socios, damos un paso firme en esa dirección.

Iñaki Iriarte López es profesor de la EHU/UPV y parlamentario foral por UPN

Salvador Aragonés



INCÓGNITA CATALANA

UNA de las miradas de la noche de hoy está en Cataluña, para saber si el soberanismo va a repetir los resultados del 27-S.

Sobre el soberanismo es necesario aclarar dos cosas: primero, el soberanismo no tiene históricamente mucho interés en las elecciones a las Cortes, y, transformado en independentismo, sabe perfectamente que no podrá pactar ninguna independencia desde Madrid.

Dividido de nuevo el soberanismo de Junts pel Sí en dos formaciones, Esquerra Republicana y Democràcia i Llibertat (ex CDC), tiene el problema de recuperar a los dos millones que votaron independencia en las autonómicas del 27-S, porque hay un amplio desencanto por la insistencia de querer pactar con la CUP y por la falta de entendimiento. Esquerra Republicana no parece que hayan acertado con su candidato Gabriel Rufián, que parece un autómata cuando habla del programa de ERC, y lanza los calificativos de "fascista" sin reparo, repartiendo carnet de demócrata a sus oponentes. Triste figura.

Durante la campaña electoral, las dos formaciones soberanistas alimentaban continuos mensajes de un posible pacto con la CUP para investir a Artur Mas antes de las elecciones, pues necesitaban un pacto antes de las elecciones para movilizar a su electorado. El pacto no podía ser antes de la asamblea de la CUP en Esparraguera del día 27 próximo. Sin embargo, todos los días se alimentaba esta posibilidad desde los medios afines.

Finalmente ¿Duran Lleida tendrá representación? Habrá que esperar a los resultados. Hay que decir que Unió Democràtica es el único partido que tiene ideas claras de defensa de la familia y de la escuela.

En resumen, las preguntas que hoy se hacen los analistas son: ¿Tendrá el PP votos suficientes para impedir un gobierno de izquierdas en Madrid? ¿Tendrá Pedro Sánchez los votos suficientes para continuar al frente del PSOE? ¿Con quién y cómo pactará Ciudadanos? Y ¿Podrá gobernar Podemos con el PSOE? Y en Cataluña, habrá que ver quién gana las elecciones. La respuesta, esta noche.

opinion@diariodenavarra.es

Cambio, política y psicología

LA palabra "cambio" está muy en boga, y ya verán ustedes como conforme se acercan las elecciones al Congreso y al Senado, muchos partidos y coaliciones la usarán profusamente. De hecho, lo más característico de la vida es el cambio continuo, "nada permanece, todo cambia" nos legó el filósofo griego Heráclito, con muy poco éxito entre sus coetáneos.

Cambiar, cambiar la realidad, pero... ¿qué es la realidad? La construcción de eso que llamamos "realidad" se hace con la participación imprescindible de nuestro cerebro-mente. Incluso aunque aceptemos la existencia de una realidad física independiente de nuestro cerebro, y esto es mucho aceptar, ya que hasta los propios físicos la cuestionan y valoran de manera determinante a quién observa, y desde donde observa esa realidad que en sí misma ya es cambiante. Lo que quiero decir es que la única forma que tenemos de acceder a esa "presunta realidad", requiere de la intervención de nuestro cerebro-mente. Esto que acabo de decir parece una perogrullada, pero tiene su miga. Sigamos.

El mayor reproche que podemos hacer a nuestro cerebro-mente es que interpreta esa presunta realidad ajena al observador, y en algunos casos la desfigura o tergiversa. Nada más inadecuado que mencionar aquí la objetividad de nuestro cerebro-mente, ya que para empezar la propia percepción es siempre subjetiva y en sí misma interpretativa. Son frecuentes las divergencias entre diversos observadores de una misma realidad. Las cuestiones políticas y sociales no son ajenas a estas diferentes interpretaciones, y desde luego nuestra Comunidad Foral es un buen ejemplo de ello en temas tan candentes como el PAI, el

TAV, o la que hemos conocido como Plaza de Conde Rodezno en Pamplona, por poner solo algunos ejemplos. Es esperable que a los condicionamientos propios del entorno se le añada la mentalidad personal de cada observador, es decir su ideología.

Esa misma supuesta realidad física independiente y objetiva, se muestra muy diferente ante el cerebro de, pongamos por caso, un perro que la interpreta, y en el que los olores desempeñan un papel inimaginable para nosotros, y no digamos de su universo auditivo. Lo que quiero manifestar con esta reflexión es que si en la construcción de la realidad nuestro cerebro juega un papel tan crucial, la posibilidad de modificar esa realidad mediante cambios en la interpretación cerebral se manifiesta como un mundo de posibilidades, a la que la terapia de la psique, la psicoterapia no es ajena y su aplicación es enorme. Además, nuestra especie posee la capacidad de alterar intencionadamente el funcionamiento cerebral, y por lo tanto de interpretar la realidad de manera diferente construyendo otra realidad distinta. De esto se desprende que muchos de nuestros sufrimientos podrían eliminarse si interpretáramos de diferente manera lo vivido, ya sea una muerte, una separación, una diferencia, la soledad, etc

Iosu Cabodevilla



En cuanto a ese pequeño órgano, al que llamamos cerebro, fundamental para la interpretación de cuanto ocurre, debemos señalar que representa menos del 2% del peso total del cuerpo, que requiere para su funcionamiento de más del 16% de toda la sangre que impulsa el

corazón y consume el 20% de todo el oxígeno que asimila el organismo. El cerebro regula todos los procesos vegetativos, que significa controlar en tiempo real millones de variables fisiológicas a partir de las informaciones que recibe de todas las partes del cuerpo. Este órgano blanco, delicado y complejo está muy bien protegido por una estructura firme de huesos que se han unido para aislarlo y protegerlo, y por una telilla que lo recubre. Por lo tanto podemos decir que se trata de un órgano muy bien protegido, seguramente el que más, y casi nada puede entrar con facilidad directamente en su interior. Sin embargo está absolutamente indefenso ante las palabras, los pensamientos y las ideas que pueden no solamente entrar fácilmente en su interior, sino también dominarlo haciendo creer que eso que pienso, soy yo.

Este órgano maravilloso corresponde a una especie en evolución, el ser humano, que nos auto denominamos "homo sapiens", cuyo origen conocemos relativamente mal, aunque muy probablemente fue hace entre seis y ocho millones de años, en el que una rama de grandes simios se independizó de las otras ramas y se fue diferenciando en un numeroso grupo de especies que hicieron avanzar el proceso de hominización. Y de cuyo futuro tenemos muy pocas previsiones, y desde luego ningún indicio para creer que este estadio evolutivo es el definitivo.

Conviene señalar que nuestro cerebro solamente es capaz de captar y comprender una pequeña parte del mundo que nos rodea, aunque tenemos a menudo la sensación de que captamos todo, del mismo modo que tenemos la tendencia a reducir el mundo real a la auto-percepción consciente, cosa evidentemente errónea. Aunque es verdad que, en comparación con vegetales y animales con los que compartimos esta planeta, en general exhibimos unas inquietantes habilidades de elaboración de datos.

Iosu Cabodevilla Eraso es psicólogo clínico